

Las embaucadoras apariencias de la ficción. Sobre “Cide Hamete Benengeli, coautor del Quijote” de Luis Enrique Tord

JUANA MARTÍNEZ GÓMEZ
Universidad Complutense. Madrid
juanamartinez@btlink.net / juanamar@filol.ucm.es



Aunque “la lectura del Quijote había comenzado en alta mar” (Leonard (1996: 223), hasta noviembre de 1605 no llegaron los primeros ejemplares del Quijote al Perú, según los cálculos efectuados por Rodríguez Marín (1947: 103). Entre febrero y abril de ese año se embarcaron unos 83 ejemplares con destino a Puerto Belo, desde donde se transportarían a Lima. De aquí emprendieron rápidamente la ascensión por la cordillera andina hasta el Cuzco, a donde llegaron en 1606. De Lima al Cuzco la lectura del Quijote se extendió de inmediato.

Sólo dos años después de la primera edición del Quijote, éste se había convertido en un personaje famoso en el Perú y no sólo como ente literario sino como personaje de carne y hueso que participaba en ciertas fiestas populares. Rodríguez Marín (1947:123 y 573) relata la fiesta que, para celebrar la noticia del nombramiento del Marqués de Montesclaros como Virrey del Perú, se preparó en Pausa (Corregimiento de Parinacochas, hoy departamento de Ayacucho) en la que desfila, entre otros personajes, el Caballero de la triste figura don Quijote de la Mancha “tan al natural y propio como le pintan en su libro”¹.

La enorme difusión que fue adquiriendo el personaje desde fecha temprana propició la ejecución de diferentes versiones literarias que ampliaron el catálogo de aventuras realizadas por Don Quijote tanto en el territorio español como en el hispanoamericano². Todo ello toca al

1 Al respecto también puede consultarse Francisco López Estrada (1951): “Don Quijote en Lima”. *Anales Cervantinos*, 1. Madrid.

2 Entre otros muchos estudios pueden consultarse:

apartado de lo que se viene llamando las “continuaciones del Quijote” pero aquí no me voy a ocupar, al menos en apariencia, de tales continuaciones sino de cuestiones relacionadas con la “autoría” del Quijote tal y como se suscitan en un cuento aparecido en Lima en 1989 cuyo autor es Luis Enrique Tord. Este cuento, con título de resonancias borgianas, “Cide Hamete Benengeli, coautor del Quijote”³, pone en práctica un entramado intertextual apasionante que lo mantiene en permanente diálogo con la novela de Cervantes y juega, desde una perspectiva muy original, con elementos que hacen reflexionar sobre los poderes ilimitados de la imaginación y las eternas relaciones entre la realidad y la ficción.

El autor peruano aborda uno de los aspectos más sugestivos del Quijote y uno de los que más estudios ha suscitado entre los críticos de Cervantes: el que trata de los distintos autores –autores ficticios, naturalmente– de la novela. De los entre tres y cinco autores que contabiliza la crítica cervantina, Cide Hamete Benengeli es sin duda el “primer autor” en términos cervantinos y el más importante, dentro de ese juego autorial con el que la novela gana en complejidad polifónica y hace que el Quijote sea no sólo la historia de unos personajes, sino también “la historia de la novela, que incluye el relato de y sobre los diferentes autores, dentro del Quijote mismo” (Fernández Mosquera: 1986: 50).

Luis Enrique Tord hace de Cide Hamete Benengeli el protagonista de su cuento con la particularidad de convertirlo en fraile y hacerle viajar al Perú, algo insólito entre las versiones quijotescas. La historia está narrada por un historiador que, rebuscando en los archivos de un convento franciscano de la antigua ciudad de Huamanga, encuentra el manuscrito de un tal Fray Diego de la Santa Fe. El manuscrito es una confesión reveladora de las anteriores identidades del fraile que en 1602 había

Zuleta, Ignacio (1984): “La tradición cervantina (Algunos aspectos de la proyección del *Quijote* en Hispanoamérica)”. *Anales Cervantinos*, 22. Madrid.

Heliodoro Valle, Rafael y Romero, Emilia (1950): *Bibliografía cervantina en la América Española*. UNAM, México

Giménez Caballero, Ernesto (1979) *Don Quijote ante el mundo (Y ante mí)*. Inter. American University Press, Puerto Rico.

3 Ganó en 1987 el prestigioso premio COPE de cuentos, organizado bianualmente por la empresa PETROPERÚ. Utilizo la siguiente edición de donde se recogen las citas del cuento: *Cide Hamete Benengeli coautor del Quijote y los cuentos ganadores del premio COPE 87*, Lima, Eds. COPE, 1989.

compartido celda en Sevilla con un recluso de nombre Miguel de Cervantes Saavedra, y que resulta ser el morisco cristianizado Cide Hamete Benengeli, que ocultaba su verdadera identidad bajo el nombre cristiano de Antón González. Es decir, era el “historiador árabe”, que según se afirma en la novela de Cervantes escribió la historia de Don Quijote en árabe, y que según el narrador del cuento, que glosa el manuscrito andino “en las noches de tristeza y de tedio de aquella prisión que albergaba a dos mil presos”, le había “descrito a Cervantes los rasgos esenciales de la personalidad fantástica del que iba a ser más tarde el protagonista central de su célebre obra”.

El autor se permite la licencia de llevar al Perú a una de las máscaras que usa Cervantes en la novela, ya que él personalmente nunca pudo embarcarse hacia las indias, pese a ser uno de sus grandes sueños⁴. Por obra y gracia de Luis Enrique Tord, los deseos de Cervantes de viajar a América se vieron cumplidos en la persona de su amigo, su doble, su máscara, el autor primero de su célebre personaje, Cide Hamete Benengeli.

La existencia del autor ficticio está relacionada con la parodia de los libros de caballerías; en todas ellas se utiliza el tópico del autor ficticio –normalmente sabio nigromante– escritor de la historia en un idioma (griego, árabe, latín, caldeo) que requiere de traductor. Tord también acude a esta estrategia, sin duda para recurrir al mismo tópico de Cervantes respecto a las novelas de caballerías y evocar la construcción del Quijote. El peruano no osa hacer un “proyecto de ingeniería literaria”, como A. Castro (1967: 263) llama a la novela de Cervantes –lo que le consumió años– pero sí establece un sutil juego a con varios niveles narrativos y sobre todo trata de ser fiel a uno de los requisitos explíci-

4 Conocido es el documento de su solicitud al Consejo de Indias, fechada el 21 de Mayo de 1590 en el que, a cambio de los servicios prestados a la corona durante 22 años, Cervantes solicitaba que se le concediese un oficio en las indias, en las “tres o cuatro” plazas que estaban entonces vacantes: 2 en el Nuevo Reino de Granada, 1 en Guatemala y otra en la ciudad de la Paz del virreinato del Perú “que con cualquiera de estos oficios que V.M. le haga merced, la recibiría, porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que V.M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V.M. y acabar su vida, como lo han hecho sus antepasados; que en ello recibiría muy grande bien y merced”.

Pese a su argumentada y justificada solicitud, sabemos que obtuvo del Consejo una respuesta negativa con la siguiente exhortación: “busque por acá en qué se le haga merced”.

tos del Quijote: “que *no se salga un punto de la verdad*”⁵, la verdad “cuya madre es la historia”, según se afirma en la novela cervantina. Hay que recordar que el Cide Hamete Benengeli del Quijote, además de autor del manuscrito, es historiador, y en la novela se nos advierte que los historiadores deben ser “puntuales, verdaderos y nonada apasionados”.

Sin perder de vista este objetivo acorde con la verdad, en el Cide Hamete de Tord se insiste sobre todo en su faceta de autor ya que ha escrito dos manuscritos, los dos descubiertos por azar, que se complementan: el primero, escrito en árabe, encontrado en el Alcaná de Toledo, cuenta la historia de don Quijote y es el documento base de la novela cervantina. El segundo, escrito en español, encontrado en el convento de los franciscanos de Huamanga nos remite a la relación entre los dos autores del Quijote –Cervantes y Cide Hamete Benengeli–, lo que revela la verdadera identidad de Cide Hamete, así como la génesis de la novela cervantina, y permite desvelar también algunos aspectos del pensamiento y de las creencias de Cervantes.

Este segundo manuscrito es el documento base del cuento de Tord. Como en Don Quijote, hay otras instancias narrativas que intervienen alternativamente en este cuento, y que remiten a un historiador que actúa como transcriptor unas veces, y otras, como glosador del manuscrito encontrado por él, y es este narrador el que cumple la función cervantina de que la narración *no se salga un punto de la verdad*⁶. La única diferencia del cuento es que autor e historiador están desmembrados en dos instancias: el autor es el personaje y el historiador es el narrador del mismo. El resultado no afecta para que la verdad esté igualmente salvaguardada por ese narrador-historiador que actúa como garante de ella sin permitirse las falsas desviaciones en las que puede caer un poeta, un no-historiador, porque, como indica el bachiller Sansón Carrasco hay marcadas diferencias entre ellos,

uno es escribir como poeta , y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna (Cervantes 2001: 649-650).

5 El subrayado es mío

6 El subrayado es mío

Pero el retrato de Cide Hamete en el Quijote, que es muy completo y complejo, es sobre todo una entidad escurridiza y rodeada de equívocos y contradicciones. Unas veces se le elogia como el mejor historiador por muy curioso y puntual en todas las cosas y otras se desconfía de él por “arábigo” y por cierta ambigüedades o desconocimientos que revela respecto a la flora y la fauna del lugar. Se le presenta como historiador arábigo, pero al poco su origen deja de ser tan claro cuando se dice que es autor “arábigo y manchego”. A veces el historiador pierde objetividad para tomar partido por unos personajes u otros. Para Don Quijote, Hamete Benengeli no es historiador sino mago y sabio, y mentiroso. En suma, le definen descripciones contradictorias e, incluso, ostenta un papel algo confuso dentro de la historia en donde además de autor ejerce también, a veces, de personaje que puede expresarse en estilo directo.

En el Quijote de 1615, y mediante un movimiento constante de ida y vuelta, los hilos de la narración nos van significando la precisión y la ausencia de precisión de Benengeli, su veracidad o su falsedad, su minuciosidad o su escasa capacidad de penetrar en el detalle "(...)" Cide Hamete es objeto de un juego en el que el narrador se complace en confundirnos en lo tocante a la veracidad y puntualidad de la historia. (López Navia 1996:144)

Luis Enrique Tord se hace partícipe de esos mismo juegos cervantinos y construye su Cide Hamete con una identidad cambiante de acuerdo a los tres nombres que revela en su manuscrito, pero, sin dilatarse en ambigüedades o contradicciones, lo que le interesa sobre todo es destacar una de sus “verdades”, la de su papel de morisco cristianizado, autor árabe de la Historia de Don Quijote, amigo de Miguel de Cervantes, y señalar cómo en virtud de esa amistad le transmite ciertos conocimientos. Entre ellos: remotas historias contadas a él por uno de sus tíos, como la del Caballero del Desierto, convertido por Cervantes poco después en el Ingenioso Caballero

Juegos de verdades y falsedades que asume también Luis Enrique Tord con los que lógicamente no se plantea, como Cervantes, parodiar el sistema que define la pseudohistoricidad como soporte estratégico de la literatura caballerescas, “cuyos principales ingredientes son la autoridad, las fuentes y su transmisión”(López Navia 1996: 249) No, pero aprovecha estos mismos ingredientes para hacer un despliegue lúdico

con el cual desarrollar una nueva y original dimensión de Cide Hamete Benengeli. Nueva y original sí; que la “verdad” de Hamete y su proyección peruana sea coherente y “verdadera”, en términos cervantinos, es lo que queda por dilucidar.

Para Américo Castro “verdad” en el Quijote significa “conformidad no con nada esencial y absoluto, sino la disposición, finalidad, eficacia persuasiva y valía literaria de la “empresa” iniciada con las palabras “En un lugar de la Mancha” (1967: 410). Es decir es sólo una verdad intrínsecamente literaria y no en relación a una realidad externa. Lo que Juan Carlos Rodríguez llama “un discurso de *verdad* en su propia vida interior” porque “en la novela todo tiene que ser verdadero respecto a su propia lógica”(2003:161-162). En este concepto de narración, que es el que inventa Cervantes para generaciones futuras, la historia y la poesía, que tan claramente distinguía el bachiller Sansón Carrasco, asociadas a la verdad y la falsedad respectivamente, aparecen fundidas.

El manuscrito del cuento de Luis Enrique Tord ofrece una nueva perspectiva sobre Cide Hamete Benengeli al añadir detalles omitidos en el Quijote en virtud de un narrador que siempre se preocupa en no trastocar la verdad, al menos, “respecto a su propia lógica”. Este narrador, como historiador que es, avala la veracidad y autenticidad del manuscrito de Fray Diego de la Santa Fe, última identidad de Cide Hamete Benengeli. Cuando éste nos guía en su manuscrito hacia la clave que podría explicar su permanencia peruana al referirse al relato del cautivo del Quijote, uno de los pasajes en donde más autobiografismo se concentra, comenta

es por cierto este un relato inesperado y hasta inopinado, en el discurso de aventuras y capítulos del Quijote en su Primera Parte, pero precisamente lo es porque Cervantes ha narrado en él su propia historia, su aventura íntima *de cautivo del mundo y sus embaucadoras apariencias*⁷ (Tord, 1989:259).

Entonces el narrador aprovecha para introducir una nota al pie de la página en la que él como historiador y autoridad científica certifica la identificación entre Cervantes y el cautivo. El cautivo explica en el capítulo XXXIX de la primera parte del Quijote el origen de su linaje y menciona el deseo de su padre, próximo a morir, de que cada uno de

7 El subrayado es mío.

sus tres hijos, después de recibir su herencia, siga un camino diferente. Ahí sabemos que mientras que él, por ser el mayor, siguió el ejercicio de las armas para servir a Dios y a su rey, el segundo escogió irse a las Indias. A partir de este dato el narrador–historiador introduce una cita del capítulo del cautivo –algo retocada, eso sí– que habla de un hermano menor del cautivo, es decir un hermano de Cervantes, que está en el Perú “tan rico que con lo que ha enviado a mi padre y a mí ...he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo” (Tord 1989: 260). Aquí el historiador nos muestra claramente la evidencia del viaje de un hermano de Cervantes al Perú, pero, además se permite la pequeña libertad de atreverse a “interpretar”. Utiliza este verbo de distintos significados pero que en su 7ª acepción, según el DRAE, significa “concebir, ordenar o expresar de un modo personal la realidad”. Es decir, incurre en la debilidad de alterar la pauta cervantina de que los historiadores deben ser “nonada apasionados” para dejarse llevar por su pasión y, haciendo una transposición de identidades entre el hermano menor de Cervantes y Cide Hamete Benengeli, concluye que

ese “hermano” en el Perú que lo ha ayudado en sus estudios para llegar al “estado interior” en que se halla Cervantes es su *hermano espiritual* Hamete ben Gelie a quien tanto le debió en su prisión de Sevilla y que Cervantes sabía que se hallaba en aquel remoto virreinato al que él mismo pretendió ir alguna vez (Tord, 1989: 260).

Es sabido que Cervantes inventa una novela en la que realidad y ficción rompen sus límites y sus relaciones pueden trastocarse o invertirse. Ocurre, por ejemplo, que Don Quijote lee a Cervantes, luego también está leyendo a Cide Hamete, y al tiempo que inventa a Cervantes está inventando a Cide Hamete Benengeli. Si un personaje adquiere suficiencia para inventar a su autor y reconocemos que el poder de la creación no tiene límites ¿Por qué no dejarnos llevar por las *embaucadoras apariencias* de la ficción? ¿Por qué no creer que Cide Hamete pudo vivir en el Perú y haber revelado anteriormente la leyenda del Caballero del Desierto a Cervantes que, a su vez la transformó en la historia de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha? ¿Por qué no aceptar la identificación entre hermano de sangre y “hermano espiritual” de Cervantes y Cide Hamete Benengeli? ¿Por qué no pudo leer Cide Hamete

Benengeli la 1ª edición impresa de su propia historia en el convento franciscano de Santa Rosa de Ocopa, a mitad de camino entre Lima y el Cuzco donde, como ya sabemos, llegó el Quijote en 1606?

Pensemos que si el Quijote sustenta el cuento de Tord, a la réplica también se enriquece y adquiere una nueva dimensión tras la lectura del breve texto del escritor peruano. El narrador del cuento adquiere el papel primordial de contribuir a resolver el enigma sobre el narrador de los ocho primeros capítulos del Quijote anteriores al hallazgo del manuscrito de Hamete, al que tantas horas de estudio han dedicado los cervantistas. Por él sabemos que Cervantes tiene conocimiento de una versión que procede de la tradición oral árabe sobre el Caballero del Desierto, transmitida también oralmente por Cide Hamete a Cervantes. Ese relato oral se transforma y se desdobra, por un lado, en los ocho primeros capítulos y, por otro, en el resto de la novela a partir del manuscrito. Así pues, el cuento de Tord propone una nueva perspectiva del Quijote al descubrir que su génesis narrativa no es el manuscrito de Cide Hamete Benegeli sino su relato oral.

Admitamos finalmente que Luis Enrique Tord encontró suficientemente justificada y necesaria la historia narrada en su cuento contagiado de las palabras de Don Quijote: “Las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas” (Cervantes 2001: 649), y con esa finalidad de “alterar o “mudar” la verdad de la historia se decidió a escribirlo. Pero también debió tener muy en cuenta la distinción entre historiador y poeta, que tan claramente exponía el bachiller Sansón Carrasco en el capítulo III de la 2ª parte del Quijote, y escogió escribir como poeta y no como historiador para contar las cosas “no como fueron sino como debían ser”.

Referencias bibliográficas

- CASTRO, Américo (1967): *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (2001) [1605-1615]: *Don Quijote de la Mancha*. Edición de Francisco Rico. Barcelona: Editorial Crítica.
- FERNÁNDEZ MOSQUERA, Santiago (1986): “Los autores ficticios del Quijote”. *Anales cervantinos*, 24, Madrid: pp. 47-65.
- LEONARD, Irving A. (1996) [1950]: *Los libros del conquistador*. México: FCE.

- LÓPEZ NAVIA, Santiago (1996): *La ficción autorial en el Quijote y en sus continuadores e imitadores*. Madrid: CEES eds. Universidad Europea de Madrid.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (2003): *El escritor que compró su propio libro: para leer el Quijote*. Barcelona: Random House Mondadori.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco (1947): *Estudios cervantinos*. Madrid: Atlas.
- TORD, Luis Enrique (1989). *Cide Hamete Benengeli, coautor del Quijote y los cuentos ganadores del premio COPE 87*. Lima: Eds. COPE.